

La Puerta



Sobre el liderazgo

Reflexionando sobre el ser líder o el saber ser un líder me percaté de la importancia que especialmente en estos días tiene este tema. Ya que sus tareas y capacidades cobran gran relevancia en las labores de dirección a cualquier nivel dentro de una organización; las que al estar enmarcadas en un contexto de constante incertidumbre, grandes problemas y nuevos retos pueden considerarse como ventajas reales en la medida que posibilitan la consecución de los objetivos planteados por las mismas.

La calidad de un líder siempre ha sido, un factor importante en la vida humana y conforme transcurre el tiempo vemos cómo se acrecienta la necesidad de líderes en México y, más aún, la dificultad de hallarlos.

Desafortunadamente, no he logrado concretar nada; pero sí logre escribir una fábula al respecto:

La delgada línea.

El reino de *Nunca Pasará* se distingue por unos súbditos fieles, diligentes y alegres. Su monarca, encamina, conduce y enseña a su pueblo con gran ecuanimidad haciéndose merecedor de que su pueblo le reconozca de forma natural como autoridad y le trate con deferencia como su líder.

El reino, conocedor de que hay un tiempo para todo, ha aprendido a gozarse en ello. Un tiempo para nacer y morir, para plantar, cosechar; tiempos para llorar, y reír; para estar de luto, y saltar de gusto; para amar y odiar, y hasta un tiempo para la guerra y la paz. El pueblo y su Rey han librado grandes batallas y han sido bendecidos con victorias en lo absoluto. El Rey en todo momento, aún en las batallas, iba al frente de su pueblo y regresaba a casa asegurándose de que ninguno de sus súbditos vivos o muertos quedaran atrás. Él y su pueblo prefieren los tiempos de lo bueno, lo bello, y lo verdadero... especialmente cuando disfrutan de la risa, que es la forma predilecta de manifestar su gozo, alegría, y reconocimiento a lo ameno.

Para ello, con cierta frecuencia el Rey y su corte organizan una fiesta para la convivencia con el pueblo a la que se convoca a los mejores juglares y bufones. A estas fiestas nadie falta y todo el pueblo participa manifestando su regocijo: riendo de lo lindo, deleitándose con historias, actuaciones, imitaciones, cantos...todo ameno y divertido incluso para el espectador principal, el Rey.

Con el pasar del tiempo y sin dar espacios para la reflexión de cada una de las cosas que hacían, sutilmente, todo fue siendo más laxo. A las fiestas, que se habían vuelto más jocosas, ya no acudía todo el pueblo. Aunque procuraban mantener la línea del respeto, se tendió a la burla, a la zumba y no faltó quién se mofara de los que no asistían o incluso de los presentes.

Un día, en el que el monarca estaba planeando la próxima fiesta, manifestó a su corte el deseo de no ser más espectador, en adelante, participaría divirtiendo al pueblo. Ninguno prestó mayor atención al comentario, salvo un cortesano quien le aseveró: *Majestad, todo hecho se acompaña de una consecuencia.*

En la fiesta, la mayoría rió... y más que nunca. El Rey participó, se divirtió, se mofó y en el éxtasis de la algarabía hasta vio con agrado la mofa que de él hicieron. Ese día algo cambió.

Cuando llegó el siguiente tiempo de infortunio y que el monarca se puso al frente, presto para salir a la batalla, percibió una sensación inusual que nunca alcanzó a descifrar que era. El pueblo que le acompañaba... ¿era menor en cantidad? , el semblante de su pueblo... ¿había cambiado?

Se sabe que ese día se libró la última batalla: su majestad solo atinó a sentir que algo fue diferente, pero nunca supo qué, ni cuándo cambió.

Comentarios: jr.platon@gmail.com